

Musa conquista Mérida

«Confió Musa la guarda de Sevilla a los judíos, y se dirigió a la ciudad de Mérida, donde residían algunos de los grandes señores de España y que tenía monumentos, un puente, alcázares e iglesias que exceden a toda ponderación. Cercó la ciudad, y la guarnición salió contra él, trabándose un fuerte combate a una milla de distancia de las murallas. En tanto, descubrió Musa una cantera de piedra, en la cual ocultó por la noche infantería y caballería, y al día siguiente, al amanecer, cuando fue contra ellos y salieron a rechazarle, como el anterior, atacáronles los musulmanes que estaban emboscados e hicieron en ellos una gran matanza, refugiándose los que escaparon en la ciudad, que era muy fuerte, y tenía unas murallas como no han hecho otras los hombres. Por espacio de algunos meses continuó el cerco hasta que fabricaron los musulimes una máquina para acercarse al muro. Al cabo fue conquistada la ciudad en ramadán del año 94, el día de la fiesta Fitr[30 de junio de 713] [...]. Ajustaron, en efecto, la paz, a condición de que los bienes de los que habían muerto el día de la emboscada, y los de aquellos que habían huido a Galicia, fuesen para los musulimes, y los bienes y alhajas de las iglesias para Musa.»

Anónimo, *Ajbar Machmúa*, trad. de E. Lafuente, Madrid, 1867, ed. facsímil, Madrid, 1984, pp. 29-30.

Capitulación de Tudmir

«En nombre de Dios clemente y misericordioso. Escritura [otorgada] por Abd al-Aziz ibn Musa ibn Musayr a Theodomiro ibn Gobdix. Que éste se aviene y se somete a capitular, aceptando el patronato y clientela de Alá y la clientela de su Profeta (con quien Alá sea fausto y propicio) con la condición de que no se impondrá dominio sobre él ni sobre ninguno de los suyos, que no podrá ser cogido ni despojado de su señorío; que aquellos no podrán ser muertos ni cautivados, ni apartados unos de otros, ni de sus hijos ni de sus mujeres, ni violentados en su religión, ni quemadas sus iglesias; que no será despojado de su señorío mientras sea fiel y sincero, y cumpla lo que hemos estipulado con él; que su capitulación se extiende a siete ciudades, que son: Orihuela, Valentila, Alicante, Mula, Bigastro, Eyyo y Lorca; que no dará asilos a desertores ni a enemigos; que no intimidará a los que vivan bajo la protección nuestra, ni ocultará noticias de enemigos que sepa. Que él y los suyos pagarán cada año un dinar, y cuatro modios de trigo, y cuatro de cebada, y cuatro cántaros de arrope, y cuatro de vinagre y dos de miel, y dos de aceite; pero el siervo sólo pagará la mitad [...]. Escribióse a cuatro de Rachad del año 94 de la Hégira [5 de abril del 713].»

Al-Dabbi, *Bugyat al-multamis fi-l-tarij al-Andalus*, trad. de Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*, Madrid, 1897-1903, p. 798

La invasión musulmana de la Península

En la era (hispánica) del 749, mientras por dichos enviados [Tariq y otros] se devastaba España y se combatía con gran furor, no sólo contra los enemigos, sino también entre sí, Muza entró hasta la ciudad real de Toledo, castigando a las ciudades vecinas con mala paz fraudulenta, y a algunos nobles señores varones que de algún modo se habían quedado, llegando a Toledo huyendo de Opas, hijo del rey Égica, los mató con la espada en el patíbulo, y con este motivo mató a todos con la espada. De este modo, no sólo la España Ulterior, sino también la Citerior, hasta Zaragoza, antiquísima y floreciente ciudad, abierta ya por manifiesto juicio de Dios, la despobló con la espada, el hambre y el cautiverio; destruyó, quemándolas con el fuego, las bellezas ciudadanas; envió a la cruz a los señores y poderosos del siglo, y descuartizó con los puñales a los jóvenes y pequeños. Y así incita a todos con semejante terror, y algunas ciudades que habían quedado, viéndose forzadas, piden la paz, y persuadiendo o burlando con astucia a algunos, no del modo acostumbrado, concede lo pedido. Pero los que, habiéndola obtenido, se niegan a obedecer, aterrados por el miedo, e

intentan huir a los montes, mueren de hambre y de diversas muertes. Y en la misma desgraciada España, en Córdoba, en la antigua sede patricia, que siempre había sido la más opulenta de las ciudades vecinas y hacía las delicias del reino visigodo, colocan el inhumano reino.

Isidoro (anónimo), *Crónica mozárabe*, 754.

La invasión normanda de al-Ándalus

Abd al-Rahman también mandó construir la aljama de Sevilla y los muros de esta ciudad, con motivo de haberse apoderado de ella los *machuses* (normandos) cuando entraron en el año 230 (844). La invasión (normanda) tuvo lugar en su tiempo, y la gente, asustada, huía a la llegada de aquéllos; los sevillanos evacuaron la ciudad y huyeron hacia Carmona y los montes de Sevilla. Como ninguno de los del Occidente de España se atrevía a combatirles, tuvo que reclutarse gente de Córdoba y comarcas circunvecinas; y salieron los ministros con los hombres que en ellas se reclutaron. Antes, sin embargo, se había llamado a las armas a los que servían en las fronteras, ya desde el principio del movimiento de los *machuses*, cuando desembarcaron en el Extremo Occidente y tomaron la tierra de Lisboa. Los ministros acamparon con el ejército cordobés en Carmona, pero no se atrevieron a atacar al enemigo por ser demasiado bravo, hasta que llegaron las tropas de frontera. En las mismas se hallaba Musa ben Qasi, a quien Abd al-Rahmán, hijo de Al-Hakam, se había procurado atraer y ablandarle algo, recordándole los lazos de clientela con al-Walid, hijo de Abd al-Malik, por cuya mediación se había convertido el abuelo de aquél al islamismo. Musa vino con un grande ejército; pero al llegar frente a Carmona se separó de todas las tropas de frontera y del ejército de los ministros y acampó aparte.

Al unirse los fronterizos con los ministros preguntaron aquéllos cerca del movimiento del enemigo, y éstos les hicieron saber que solían salir todos los días destacamentos en dirección a Firix y Lecant y hacia la parte de Córdoba y Morón; preguntaron además si era posible preparar una celada escondiéndose en las inmediaciones de Sevilla, y les indicaron la alquería de Quintos de Muafar, que está al sur de esta ciudad. Fuéronse allá, pues, a medianoche, y se pusieron en emboscada. En una iglesia antigua que había allí hicieron subir a un vigía a la parte más alta del edificio, llevando un haz de leña. Al apuntar la aurora, salió (de Sevilla) un grupo de 16.000 *machuses*, en dirección a la parte de Morón. Cuando estuvieron frente a la alquería, aunque hizo señal el vigía, se abstuvieron de salir los emboscados, a fin de que se fueran alejando, y una vez alejados, se interpusieron entre ellos y la ciudad y los pasaron todos a degüello. En seguida se adelantaron los ministros, entraron en Sevilla y encontraron al gobernador de la misma sitiado en la alcazaba. El les salió al encuentro, y los sevillanos volvieron a la ciudad. Además del destacamento que fue pasado a cuchillo, habían salido dos destacamentos de normandos, uno a la parte de Lecant y otro a la parte de Córdoba, hacia Benilait; pero después que los normandos que estaban en Sevilla supieron la arrogancia y avance del ejército y la muerte del destacamento que había salido hacia la parte de Morón, huyeron en sus naves y echaron río arriba hasta el castillo de Azaguac; encontraron a sus compañeros, y una vez éstos embarcados dieron la vuelta siguiendo la corriente del río abajo. En esta situación se puso la gente a insultarles y arrojarles piedras con las hondas.

[...]

Entonces, para prevenir cualquier eventualidad, ordenó Abd Al-Rahman que se construyese una atarazana en Sevilla y que se fabricasen barcos; se preparó la fábrica reclutando hombres de mar de las costas de España, a quienes dio buenos sueldos y proveyó de instrumentos o máquinas para arrojar betún ardiendo. De este modo, cuando los normandos hicieron la segunda incursión en el año 244, en tiempos del emir Muhammad, se les salió al encuentro en la embocadura del río de Sevilla y se les puso en fuga; les quemaron algunas naves y se marcharon.

Ibn Al-Qutiyya, *Iftitah al-Andalus*, siglo X.

Abd al-Rahman III toma el título califal

Los más dignos de reivindicar enteramente su derecho y los más merecedores de completar su fortuna y de revestirse de las mercedes con que Dios Altísimo los ha revestido, somos nosotros, por cuanto Dios Altísimo nos ha favorecido con ello, ha mostrado su preferencia por nosotros, ha elevado nuestra autoridad hasta ese punto, nos ha permitido obtenerlo por nuestro esfuerzo, nos ha facilitado lograrlo con nuestro gobierno, ha extendido nuestra fama por el mundo, ha ensalzado nuestra autoridad por las tierras, ha hecho que la esperanza de los mundos estuviera pendiente de nosotros, ha dispuesto que los extraviados a nosotros volvieran y que nuestros súbditos se regocijaran por verse a la sombra de nuestro gobierno (todo ello por la voluntad de Dios; loado sea Dios, otorgador de los beneficios, por el que nos ha otorgado, pues merece la máxima loa por la gracia que nos ha concedido). En consecuencia, hemos decidido que se nos llame con el título de Príncipe de los Creyentes, y que en las cartas, tanto las que expidamos como las que recibamos, se nos dé dicho título, puesto que todo el que lo usa, fuera de nosotros, se lo apropia indebidamente, es un intruso en él, y se arroga una denominación que no merece. Además, hemos comprendido que seguir sin usar ese título, que se nos debe, es hacer decaer un derecho que tenemos y dejarse perder una designación firme. Ordena, por tanto, al predicador de tu jurisdicción que emplee dicho título, y úsalo tú de ahora en adelante cuando nos escribas. Si Dios quiere.

En consecuencia, y conforme a estas órdenes, el predicador de Córdoba comenzó a hacer la invocación en favor de al-Nasir li-din Allah, dándole el título de los Creyentes, el día 1 de du-l-hiyya de este año [= 16 enero 929]. Fué éste el primer sermón en que se le dio ese título, que empezó a llevar con mejor derecho que los demás que se lo arrogaban, y que luego siguieron usando los Califas descendientes suyos. Dios concede su gracia a quien quiere.

E Levi Provençal y E.García Gómez, *Una crónica anónima de Abd al-Rahman III al-Nasir, editada por primera vez y traducida*, Madrid, 1950. En *Textos y documentos de historia antigua, media y moderna hasta el siglo XVIII*, Historia de España, M. Tuñón De Lara,, dir. tomo XI, Barcelona, 1984.

Almanzor en Santiago

"Al-Mansur había llegado en esta época al más alto grado de poder. Socorrido por Allah en sus guerras con los príncipes cristianos, marchó contra Santiago, ciudad de Galicia, que es el más importante santuario cristiano de España y de las regiones cercanas del continente. La iglesia de Santiago es como la Qaaba para nosotros [...].

Al-Mansur dirigió contra tal ciudad la expedición estival que salió de Córdoba el sábado 23 Chumada II de 387 (3 julio 997), que era su cuadragésimo octava campaña [...].

[Después de diversas peripecias los musulmanes] fueron a acampar ante la orgullosa ciudad de Santiago el 2 de Xaban (10 de agosto). La habían abandonado todos sus habitantes y los musulmanes se apoderaron de todas las riquezas que en ella hallaron y derribaron las construcciones, las murallas y la iglesia, de modo que no quedaron huellas de las mismas. Sin embargo, los guardias colocados por al-Mansur para hacer respetar el sepulcro del santo impidieron que la tumba del santo recibiera daño alguno. Pero todos los hermosos palacios, sólidamente contruidos, que se alzaban en la ciudad, fueron reducidos a polvo y no se hubiera sospechado tras su arrasamiento que hubieran existido allí la víspera. Se llevó a cabo la destrucción durante los dos días que siguieron al miércoles 2 de Xaban. Las tropas conquistaron después las comarcas vecinas y llegaron hasta la península de San Mankas que avanza en el Océano, punto extremo al que ningún musulmán había arribado hasta entonces y que sólo había sido hollado hasta allí por los pies de sus habitantes [...].

En Santiago, al-Mansur no había encontrado sino un viejo monje sentado junto a la tumba del santo. Le preguntó: "¿Por qué estáis ahí?" "Para honrar a Santiago", respondió el monje, y el vencedor dio orden de que le dejaran tranquilo".

Ibn Idhari. *Bayan al-Mugrib*, siglo XIII.

Poesía de al-Mutamid (rey abadí de Sevilla del siglo XI)

Si me visitaras, verías algo insólito: puro líquido de plata mezclado con puro líquido de oro.
Gotitas de perlas fundidas y burbujas no endurecidas y aquél contiene un cuerpo que no se congela.
El vino te llegó por la noche, vestido de día con luz y túnica vidrieras.
Como Júpiter envuelto por su Marte; envuelto por el agua en una brasa ardiente.
Los dos se llevaban bien y, aunque contrarios, no se pararon.
Se maravillan los observadores, buscando la descripción; ¿será agua clara o claridad de resplandecientes astros?
El vino que bebí esparcía resplandor mientras la noche extendía un manto de oscuridad.
Después se asomó la luna llena por Géminis, como rey de brillantez hermosa.
Cuando quería pasar por su oeste colocó Géminis encima como sombrilla.
Las estrellas florales lucharon entre sí, rodeándose un brillo con otro.
Alrededor, una escolta de astros; encima las Pléyades alzan su bandera.

Al-Mutamid. Traducción de Miguel Hagerty en *Poesía*, 1979.

Primeras taifas y las parias

"Ibn Ammar había quedado empeñado con el cristiano, ya que, por el compromiso adquirido cuando alquiló un ejército infiel para lo de Belillos, le debía grandes cantidades e importantes sumas, que había de pagarle y le tenía prometidas. Con este motivo ponía a su soberano en grandes aprietos, porque no quería dejarle reposar un momento, para hacerse el indispensable en medio de las discordias, y no vacilaba en atraer el mal contra los musulmanes [...].

Por segunda vez fue a visitar al cristiano Alfonso y a preguntarle como fácil el negocio de Granada, pintándome a sus ojos como un ser incapaz de todo, por mi flaqueza y mis cortos años. Le garantizó, además, que, con la toma de Granada, todos los tesoros de esta ciudad pasarían a su poder, a cambio de que el cristiano le asegurase que, una vez hecho dueño de la plaza, la pondría bajo su soberanía y le dejaría apropiarse de mi peculio personal. No dejó paso por dar para decidir a Alfonso a ir contra Granada, y no sólo le entregó considerables sumas con ese propósito, sino que incluso le prometió que, una vez acabado el negocio, le daría cincuenta mil meticales, a más de lo que encontrase en la ciudad, para animarle a ponerse al punto en camino.

Tales proposiciones excitaron la codicia del cristiano. "Es éste un negocio -se decía- en el que de todos modos he de sacar ventaja, incluso si no se toma la ciudad, porque, ¿qué ganaré yo con quitársela a uno para entregársela a otro, sino dar a este último refuerzos contra mí mismo? Cuantos más revoltosos haya y cuanta más rivalidad exista entre ellos, tanto mejor para mí. "Se decidió, pues, a sacar dinero de ambas partes, y hacer que unos adversarios se estrellaran contra los otros, sin que entrase en sus propósitos adquirir tierras para sí mismo [...].

Con la solemnidad requerida por las circunstancias, salí a encontrarme con Alfonso en las cercanías de la ciudad [...]. Entabladas luego las negociaciones, yo le envié mis embajadores y él me mando los suyos [...]. Me exigió cincuenta mil meticales [...]. Yo me quejé de los pocos recursos de mi territorio [...] y por fin llegamos al acuerdo de que le pagaría veinticinco mil meticales [...]. Además [...] le preparé muchos tapices, telas y vasos, y lo reuní todo en una gran tienda en la que le invité a entrar".

Abd Allah. *Memorias de Abd Allah* (rey zirí de Granada destronado por los almorávides), 1090.

Almorávides. Batalla de Sagrajas (o Zalaca)

"Los ejércitos musulmanes llegaron a Badajoz y se instalaron en sus alrededores. El señor de Badajoz, al-Mutawakkil, vino a su encuentro con víveres [...]. Por un lado, los obispos y frailes salieron con sus cruces en alto [...], por otro, Yusuf [el emir almorávide] y al-Mutamid [rey de Sevilla] exhortaron a los suyos, y los alfaquíes y las gentes religiosas sermoneaban a la gente y les animaban a ser firmes [...]. Cuando llegó el jueves, se le ocurrió a Alfonso [VI] utilizar un ardid, y envió a decirle a al-Mutamid: "Mañana viernes es vuestra fiesta, y el domingo es la nuestra. Tenga lugar la batalla entre ambas, el sábado". Al-Mutamid observó: "Se trata de una estratagema de Alfonso". [El viernes] las tropas de Alfonso se echaron sobre al-Mutamid [...], que empezó a flaquear [...]. El primero de los generales almorávides que llegó junto a él, Daud, gran héroe, dio nuevo ánimo a al-Mutamid [...]. Enseguida llegó el emir almorávide, Yusuf ibn Tasufin, y ambos cargaron juntos, en un ataque que decidió la victoria."

Al-Himyari. Kitab ar Rawd al mitar. Compendio de noticias sobre Al-Ándalus (siglo XV).